

## UAB, futuro incierto

El mundo vive inmerso en una crisis política y social profunda con derivadas económicas que desde hace tiempo nos acechan. Evidentemente, la crisis está afectando el camino de nuestra Universidad, así como el de otras universidades públicas, y éstas son uno de los pilares clave de nuestra sociedad.

La UAB ha cumplido y sigue cumpliendo con sus obligaciones, pero estamos llegando a límites peligrosos de sostenibilidad. No nos podemos permitir —ni aceptar— que los recursos mengüen año tras año en valores absolutos, pues ponen en peligro no sólo la calidad, sino también un servicio público inestimable. Puedo asegurar que desde la UAB hemos cumplido nuestros compromisos —y seguimos haciéndolo—, con rigor y enorme esfuerzo, tanto los económicos y financieros como los sociales.

No sólo hemos reducido en los últimos años la enorme deuda que nos atenazaba, sino que, además, gracias al esfuerzo y la profesionalidad de todo el colectivo de profesionales que integran la UAB, y a pesar del contexto descrito, hemos mejorado en todos los rankings, tanto domésticos como internacionales. Lo que podría parecer una paradoja no lo es, porque es el resultado del trabajo realizado durante muchos años.

Pero dicho esto, el esfuerzo no es correspondido como a mi entender merece; y menos en estos momentos. Somos conscientes de todas las dificultades y circunstancias que nos abruman como país y como institución, pero nuestra obligación es seguir trabajando y velando por un servicio tan inestimable para cualquier sociedad como es la universidad. La gran paradoja es que parece que no se tenga en cuenta si se gestiona bien o no y esto es perverso.

Ahora, tras haber cumplido 50 años, la UAB sufre la necesidad de mejoras económicas tanto en el presupuesto corriente —pues la sostenibilidad inmediata está en grave peligro debido a la reducción sufrida en los últimos años—, como en inversiones en infraestructuras y tecnología, ya que algunas piezas empiezan a estar deterioradas y otras necesitan salir de la obsolescencia, porque nuestros alumnos necesitan aprender lo que demanda nuestra sociedad del siglo XXI con tecnología moderna.

Pero observamos, atónitos, respuestas sin solución y, en ocasiones, contradictorias que, además de abatirnos, nos preocupan. La impotencia y la tristeza es enorme porque no es justo que año tras año tengamos que gestionar en la estrechez y mendigar para poder sobrevivir con cierta dignidad.

No quiero, con mis palabras, incomodar a otras universidades catalanas, que además de ser colegas deben hacer frente también a sus propios problemas, pero el trato que recibimos en la UAB no es el que merece una universidad del prestigio y reputación como la nuestra y lo expongo como presidente de su Consell Social, después de seis años de ejercicio en mi puesto, habiéndole dedicado tiempo y compromiso, de haber realizado esfuerzos para conocer la

universidad al máximo, con sus virtudes y defectos —que también los tiene—, los cuales requieren esfuerzos para mejorar; eso también hay que decirlo.

Dicho esto, tengo el convencimiento que lo que expongo cuenta con el apoyo de mucha gente de la comunidad académica empezando por la rectora Arboix y su equipo de gobierno.

Un país que se quiere debe cuidar y mimar a sus universidades. Son el presente y el futuro de nuestra sociedad, pues además de formar las nuevas generaciones como profesionales y, especialmente, como personas, deben seguir manteniendo —o, mejor dicho, mejorando— las prestaciones no tan solo docentes, sino también investigadoras y de transferencia de conocimiento, que debe ser un estrecho e intenso vínculo entre la universidad y la sociedad civil. Aunque me temo que estamos viviendo la incertidumbre de la miopía y dilapidando esfuerzos.

Si queremos progresar como sociedad, debemos cuidar, apoyar, invertir y — hasta diría—mimar nuestro sistema educativo, pues es una de las grandes columnas en las que se sostiene la sociedad, el crecimiento y el futuro de nuestra comunidad. A su vez, la universidad debe estar muy atenta a lo que sucede, no sólo a su alrededor, sino en todo el mundo, para reaccionar ofreciendo soluciones a las infinitas necesidades y problemas que hay y siguen apareciendo, pero esto es imposible de gestionar sin recursos. La sociedad y el mundo académico no pueden y no deben vivir separados, aunque es cierto que el ADN humano siempre nos conduce a crear guetos, del tipo que sea, donde las personas nos encerramos y protegemos inconscientemente del entorno que a veces consideramos agresivo y agresor. Debe ser todo lo contrario. Y creo sinceramente que éste tiene que ser uno de los grandes objetivos de nuestro sistema universitario. No somos los únicos poseedores del conocimiento y una de nuestras misiones es buscarlo, encontrarlo y tratar de integrarlo en la academia para potenciar su valor.

La UAB nació en unos años convulsos y de grandes movimientos sociales en todo el mundo, como “el mayo del 68” con el movimiento estudiantil en París y en la Sorbona, pero también en Berkeley, California, en la London School of Economics o en la Universidad Libre de Berlín. Personajes tan influyentes y heterogéneos como Chomsky, Sartre, Althusser, Simone de Beauvoir, Derrida, Foucault o Erich Fromm, por citar unos pocos, peleaban y difundían sus ideas por doquier. La lucha por los derechos civiles en los EE.UU. con los asesinatos de Martin Luther King y Robert Kennedy fueron hitos históricos, aunque a día de hoy aún subsisten demasiadas desigualdades. En el 69, la Primavera de Praga o el festival de Woodstock fueron signos de rebelión. La matanza brutal en Mexico en la plaza de Tlatelolco, antesala de unos Juegos Olímpicos, fue otro signo de búsqueda de cambio. Ahí mismo fue donde se destapó el “*black power*” liderado por los carismáticos atletas norteamericanos, Tommie Smith y John Carlos, otro hito relevante de aquellos años. Las furibundas protestas contra la guerra del Vietnam que se sublimaron en la convención del partido demócrata de dicho año se produjeron también en el 68. El movimiento hippie nacido en los EE.UU. como reacción a un sistema con el que muchos estaban en desacuerdo, se gestó en aquellos años y tuvo una influencia enorme y conllevó la aparición del movimiento pacifista. La primavera de Praga, aplastada por el régimen

soviético, y hasta la Revolución Cultural China liderada por Mao Tse Tung dentro del propio partido comunista chino, son hitos muy destacados que fueron acallados y apagados por sus ganadores. No existía la tecnología de comunicación actual....

Se estaba gestando un cambio de era y también sucedía en España, donde los movimientos antifranquistas empezaban a movilizarse. Europa, con algo de retraso, sufrió notables sacudidas como el otoño caliente en Italia en el 69 o las movilizaciones laborales en el Reino Unido a principios de los 70. En aquellos años nacimos nosotros, la UAB. En Barcelona, como se diría en catalán “*amb un esclop i una espardenyà*”, con pocos recursos, unos cuantos aventureros —hoy les llamaríamos emprendedores—, con objetivos, situaciones y circunstancias muy distintas, que unieron su pasión, ilusiones y sueños. Y así nació a trompicones la UAB. Al principio, sin campus, se albergó en sitios dispares: Drassanes y Sant Cugat —en el claustro del monasterio de dicha ciudad—, o en el propio Hospital de Sant Pau. Luego, por fases, se construyó el campus actual de Bellaterra, que fue proclamado el primer campus de excelencia internacional de todo el estado español. Eso sí, jamás nadie se ha preocupado en solucionar el altísimo coste que le supone a la UAB el mantener su territorio. Asfaltado, seguridad, movilidad, alcantarillado, etc. suponen un coste recurrente de unos 4 millones de euros anuales, recursos que deben deducirse del presupuesto que se nos asigna, lo cual nos perjudica pues debería ir destinado a la docencia y la investigación. Año tras año pedimos y buscamos soluciones, pero nadie nos las da. Un agravio más. Estamos hablando aproximadamente de unos 200 millones de euros acumulados, que en lugar de dedicarse —y haberse dedicado— a lo que es el “core” de la universidad, se han destinado a ámbitos que corresponden a otras instituciones y administraciones del país.

Volviendo a aquellos años difíciles pre-transicionales de nuestro país, el talento, la valentía y la voluntad de entendimiento de aquellos emprendedores, algo que ahora parece que brilla por su ausencia, consiguieron que orígenes, ideas, sentimientos y voluntades muy diferentes convergieran ante un objetivo común: la creación de un proyecto disruptivo de universidad, que con los años se consolidaría y sería un éxito.

Hoy en día la UAB tiene casi cincuenta mil estudiantes, cuenta con más de siete mil profesionales al servicio de la universidad y aparece en todos los rankings mundiales en posiciones destacadas, a pesar de competir con universidades con presupuestos y recursos muy superiores.

La UAB es una universidad distinta. Nace con un sello y un ADN diferencial, pero sus orígenes y, en especial, su mestizaje en el sentido más amplio de la palabra, la hacen singular y muy plural. Se ha distinguido siempre por ser una universidad diferente, reivindicativa en sus valores e ideales, participativa, siendo a la vez una universidad muy abierta, en la cual conviven, a veces no sin ciertas dificultades, culturas y tendencias dispares y hasta enfrentadas. Gobernar y liderar la UAB no es tarea nada fácil, pero me atrevo a decir que el mestizaje de ideas, orígenes, culturas y objetivos la ha hecho mejor.

Nacimos en una etapa convulsa y ahora, tras estar pasando por una fuerte e impactante crisis económica pero también social, estamos afrontando un futuro

incierto navegando de nuevo por un presente convulso y lleno de incertidumbres, no solo en nuestro entorno sino también a nivel mundial. ¿No les recuerda los años 60 y 70 del siglo pasado?

Pues bien, es ahora, en este cambio de era que se avecina, cuando estando inmersos en un caos y entropía no muy distintos al que vivimos a mediados del siglo pasado —pero en versión digital—, cuando debemos reinventarnos y volver a ser disruptivos e innovadores como fuimos antaño; para afrontar el futuro con garantías de éxito y poder servir a nuestra sociedad, que es la que nos financia y demanda nuestros servicios y también nuestra transferencia de conocimiento. Es ahora cuando más que nunca, desde la universidad, debemos bucear en nuestra sociedad y tratar de aportar nuestra experiencia, talento e inteligencia, para hallar y aplicar las ayudas que nuestra comunidad precisa. Soluciones y no problemas. Salgamos de nuestra nube y mezclémonos con nuestro entorno. Juntos sumamos y podemos llegar más lejos. La sociedad nos necesita, pues somos uno de sus pilares básicos, pero nosotros necesitamos a nuestra sociedad, pues es ella la que debe transmitirnos sus necesidades e inquietudes para que juntos podamos resolverlas lo mejor posible.

Desde la universidad nos llenamos la boca al hablar de transferencia, pero me atrevo a blasfemar —y que me perdonen los académicos—: la transferencia debe ser de ida y vuelta. Sin transferencia de la sociedad a la universidad jamás podremos elaborar conocimiento para transferirlo de nuevo a nuestra comunidad y así progresar.

Queremos seguir siendo como nacimos: autónoma, emprendedora, innovadora, mestiza e integradora. El país nos necesita y nosotros necesitamos que nuestro entorno, nuestra gente y la sociedad que nos nutre confíe en la UAB. No les defraudaremos.

Un país que se quiere necesita instituciones como la nuestra, pero eso sí, no nos hagan gestionar la escasez de recursos, pues con presupuestos a la baja, con inversiones escasas e insuficientes, estamos condenando a la UAB a un destino inmerecido y lastimoso. Y eso no es lo que queremos y lo que merecemos, ni la propia UAB ni la sociedad que nos financia y a la que servimos. El país necesita instituciones como la nuestra, pero con una financiación digna y justa que armonice con las necesidades que tenemos, las demandas que se nos exigen y los logros que alcanzamos.

Desde estas líneas, deseo que el año 2020 sea un año de paz, de recuperación de la armonía, de tener plena consciencia de que sin tolerancia no existe la convivencia, de respeto de las ideas, las personas y las instituciones y la generosidad, en especial con aquellos y aquellas con los que no coincidimos.

Gabriel Masfurrell  
Presidente del Consejo Social de la UAB

31 de enero de 2020